

DOCUMENTO

DISCURSO PRONUNCIADO POR FEDERICO HENRIQUEZ-GRATEREAUX CON MOTIVO DE LA LLEGADA DE LOS RESTOS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA A LA REPUBLICA DOMINICANA.

Excelentísimo Señor Vicepresidente de la República, Altos funcionarios de la Nación, Damas y Caballeros:

Para mí es un grandísimo honor el que me ha sido concedido al encargarme decir las primeras palabras que, en honra de Pedro Henríquez Ureña, se pronuncian al llegar sus restos a la tierra donde nació. Al tocar tierra dominicana la urna que contiene las cenizas de nuestro único humanista, agradezco esta altísima distinción que me han conferido la Comisión-encargada del traslado y el Excelentísimo Señor Presidente de la República.

Pedro Henríquez Ureña es el hombre de letras dominicano cuyo nombre ha alcanzado mayor difusión en el Continente americano. Sus obras y sus cátedras son estudiadas, traducidas y citadas. En México, en Argentina, en los Estados Unidos, discípulos y profesionales de las letras ensanchan continuamente su trabajo, aprovechan sus insinuaciones e indicaciones, utilizan sus famosas Tablas e interpretaciones de la literatura colonial americana.

Pedro Henríquez Ureña ha sido el hombre de letras dominicano de más rigurosa formación académica: Doctor en Derecho, recibido en 1914; Doctor en Filosofía (PHD) en 1918; estudió en 1919 y 1920 con Menéndez Pidal, en Madrid, en el Centro de Estudios Históricos; catedrático en Cambridge en 1940 y 1941; filólogo, gramático, crítico, investigador literario y ensayista, su saber abarcaba varias lenguas, vivas y muertas, y muchas disciplinas de las Humanidades.

Pedro Henríquez Ureña, el ensayista creador, escribió la más profunda y aclaradora meditación hecha hasta ahora acerca de la cultura propia de los pueblos de América. Ha sido él, en las admirables páginas de sus Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión, quien nos ha dicho que la existencia de la literatura americana es anterior a

las fechas de nuestras independencias políticas, pues empezó esa literatura a caracterizarse nítidamente en el período colonial; él nos ha enseñado a valorar tanto la energía nativa de América como la herencia recibida a través de un idioma más viejo que nosotros. Él ha propuesto a nuestros artistas el equilibrio entre la tradición y la innovación, entre la conservación y la ruptura. Él nos ha subrayado la diferencia entre el arte como juego y el arte como aspiración a la vida perfecta y a la demostración de las notas permanentes del hombre en la historia.

Pedro Henríquez Ureña es, además de todo esto, un maestro que consagró su vida al mejoramiento de América; que entendía que para nuestros pueblos era más valioso, y superior humanamente, el hombre apasionado por la justicia social, que el hombre dedicado exclusivamente a su propio perfeccionamiento intelectual.

Pedro Henríquez Ureña, cuyo magisterio hemos perdido los dominicanos, con grave disminución de nuestra disciplina, fue, en su vida y en su obra, ejemplo perenne de orden mental, de rigor académico, de trabajo metódico. ¡Qué hermoso hubiera sido que tres generaciones de dominicanos hubiesen recibido el influjo bienhechor de su disciplina, de su escrupuloso régimen de auto-exigencias interiores!

Pedro Henríquez Ureña, en adición a su inteligencia y a su enorme cultura literaria, histórica, jurídica, sociológica, musical, filosófica, poseía otras prendas personales que yo aprecio mucho más que las egregias condiciones de su intelecto y de su formación educativa. Pedro Henríquez Ureña, según todos los testigos de su pasión cultural, fue un inagotable manadero de generosidad; una absoluta falta de mezquindad potenciaba su capacidad de admirar la obra ajena valiosa; ante una nueva obra valiosa reaccionaba con júbilo e iniciaba enseguida la tarea de compartirla con otros, de mostrarla, pregonarla o explicarla.

Pedro Henríquez Ureña, como persona, como máquina humana, como espectáculo antropológico, era inmensamente superior a su obra escrita. Esa obra, que es de calidad difícilmente superable, no alcanza la grandeza de su persona. Su hermosa obra escrita es nada más que un trozo de su individual persona -también un resto o residuo de lo que fue el hombre-. Los diez tomos de sus Obras Completas son la cabeza exterior de un iceberg espiritual cinco veces mayor en tamaño y densidad.

Es aquí donde quiero poner en relieve el extraño fenómeno del discipulado. En nuestro país no se ha vuelto a ver, desde la época de Hostos, el fenómeno social y psicológico que es el discipulado. Para que una sociedad sea fecundada por un maestro excepcional es preciso que perciba en él una desusada calidad moral, un temple vital de semi-dios imperturbable, y que ese maestro nos desborde intelectualmente en todos los campos. Solo al reconocer una superioridad puede el hombre comenzar a andar el camino de su propia perfección.

Todos los que le conocieron concuerdan en que fue un maestro oral, como Cristo o como Sócrates; que el flujo de su conversación hizo experimentar a muchos lo que se llama "la iluminación intelectual", ese infrecuente destello de la inteligencia que tiene la virtud de marcar una vida para siempre. Del reino del habla proceden todas las literaturas y todos los pensamientos. Y si la gran literatura y el gran pensamiento proceden del habla, digamos también que el habla es la convivencia, aquello que incluye lo personal y lo social. En este detalle está oculto el sentido integrador del magisterio de Pedro Henríquez Ureña, hombre apasionado por el pulimento interior que es la educación; y más apasionado aún por el cambio o transformación de las sociedades.

Hace dos días, Jorge Luis Borges nos habló de Pedro Henríquez Ureña, de ese maestro oral, "tímido y casi secreto", y contó algunas de sus conversaciones con él acerca de la poesía de fines del siglo XVI. Borges interrumpió bruscamente su evocación y sus palabras porque comenzó a llorar. Enrique Anderson Imbert, profesor de la Universidad de Harvard, dijo en el reciente homenaje tributado a Pedro Henríquez Ureña en Buenos Aires, que el maestro amaba la utopía, el lugar que no existe; que hubiera preferido llamarle eutopía, o sea, buen lugar, o mejor sitio, si se quiere; debémos luchar, quiso decirnos Don Pedro para que nuestro país, nuestro pueblo, nuestra ciudad, lleguen a ser un mejor sitio, un lugar menos imperfecto y desdichado; una aproximación a la utopía.

El regreso de Don Pedro Henríquez Ureña, ya convertido en amable recuerdo y en ceniza volátil, pero con sus obras perdurables publicadas en su propio país por obra de una Universidad que lleva su nombre, tal vez sea ocasión para plantear de nuevo los problemas cardinales de la cultura de América; tal vez nos sea dado comprender, con ayuda de Don Pedro, que no somos culturalmente ni españoles ni africanos; que somos una nueva realidad histórica en la que está fundida la piel negra y la lengua española; que no se trata de una lucha

entre dos elementos encontrados, sino de una colaboración o confluencia entre dos culturas.

El regreso de los restos de Don Pedro es un acto de justicia a un dominicano de altísima humanidad, que no fue bien tratado entre nosotros sus connacionales; el regreso de estos restos significa que el Gobierno actual, legítimo y democrático, respeta los valores que enriquecen con una carga más humana nuestra historia y nuestra cultura escrita.

Pedro Henríquez Ureña significa el camino de la disciplina y del rigor intelectuales; significa la sacrificada vocación del antiguo maestro; representa el excitador social hacia el mejoramiento de nuestros servicios colectivos. Pedro Henríquez es símbolo de la generosidad de carácter y de la vieja templanza de conducta ajustada a la ética más estricta. Es también la curiosidad generalista, si así puede decirse; la mirada abarcadora del humanista que desea entender las cosas, en su complejidad total, sin la fragmentación a que nos conduce el inevitable especialismo.

Las cenizas de Pedro Henríquez Ureña son recibidas hoy con los honores que merece un gran ciudadano, un gran patriota, un gran escritor, un gran maestro.

Lo que queda de su cuerpo volverá a juntarse, como siempre fue su deseo, con el polvo de su admirable madre, Salomé Ureña de Henríquez. Pedro Henríquez, el Pedro que era soldado, según la expresión de doña Salomé, regresa así a sus amados orígenes: a la tierra feraz de su patria y al seno de la madre en cuya carne fue engendrado !Qué descanse en paz!

